

UN VIAJE DE INVESTIGACION POR LOS RIOS DEMINI Y ARACA (Brasil)¹

Por HANS BECHER

Con motivo de mi temporada de estudios en São Paulo, desde julio de 1954 hasta septiembre de 1956, como pensionado en su Universidad, tuve ocasión de ampliar mis conocimientos sobre la etnología del Brasil en los Institutos de esta Universidad, en la Escuela de Sociología y Política y en el Museo Paulista, preparándome a fondo para mi proyectado viaje de exploración. Los fondos para la citada expedición los recibí de la Deutsche Forschungsgemeinschaft en Bad Godesberg. Por el profesor Darcy Ribeiro, Jefe del Gabinete de Estudios del Serviço de Protecção aos Índios, fui inducido y animado a buscar en el territorio del Demini tribus hasta ahora desconocidas. Por mediación suya recibí para ello también el permiso del Director, así como toda clase de apoyo y protección de esta magnífica Organización, fundada y dirigida por el Mariscal Mariano da Silva Rondón. El Ejército del Aire brasileño me procuró viaje gratuito en avión desde Rio de Janeiro a Manaus. Es para mí, por lo tanto, un grato deber expresar aquí una vez más mi sincero y ádicto agradecimiento a la Deutsche Forschungsgemeinschaft, al Serviço de Protecção aos Índios, especialmente al Prof. Darcy Ribeiro, así como al Ejército del Aire brasileño.

El viaje lo emprendí el 4 de octubre de 1955. En Manaus tomé inmediatamente contacto con el jefe de la 1.ª Inspeção Regional do Serviço de Protecção aos Índios, Alípio Edmundo Lage, a quien ya le había sido comunicada telegráficamente mi llegada por la Dirección en Rio de Janeiro. El Sr. Lage me recibió muy amablemente y me comunicó que una lancha motora grande me trasladaría al Puesto Avanzado de Protección de Indios en el río Demini.

El Demini es un afluente de la izquierda del río Negro medio; su desembocadura se encuentra arriba de Barcelos. El agua de este río es blanca, mientras que las numerosas lagunas ribereñas y todos los ríos

(1) Traducción del alemán por Fermín Rodríguez Lafuente.

tributarios, como, por ejemplo, el Aracá, un afluente de la derecha del Demini inferior, contienen agua negra. Las lagunas de las riberas y los afluentes del Aracá se caracterizan, por el contrario, por el agua blanca. Este extraño hecho se explica por las condiciones del suelo. Así, los sedimentos en zonas arenosas y arcillosas dan origen al color claro; en cambio, las sales minerales de un lugar que es rico en granito y arenisca oscurecen el agua. Notable y curioso, además, es que estas aguas negras son más sanas y de mejor sabor y no eliminan ningún residuo sucio en remanso. También las tortugas y peces que viven en aguas negras son más gustosos que los mismos animales de ríos o lagos de agua blanca. Hay que resaltar, además, que los mosquitos aparecen en las aguas negras en cantidad considerablemente inferior que en los ríos de agua blanca. El río Demini está completamente plagado de mosquitos, y no se puede apenas oponer resistencia a los pequeños Piuns (*Simulium*: mosquito de día) y a los grandes Carapanas (*Anopheles*), estos últimos peligrosos transmisores de la malaria. El curso inferior del río y parte del curso medio están, por consiguiente, completamente contaminados de peligrosas fiebres.

Las dos clases de agua determinan también una diferente vegetación. La característica del Demini son los Igapós (altos bosques de inundación), entre los cuales solamente muy raras veces se da una *terra firma*. Por el contrario, en las orillas del Aracá, de situación más alta, se encuentra en forma predominante el bosquecillo de maleza. Como plantas industriales más importantes son de citar las Seringueiras (árboles gomeros), en el curso medio del Demini, y las Palmas-Piacaba, en el Aracá y sus afluentes. (Los recolectores de fibra de palma cortan los filamentos y fibras que se encuentran en el tronco, empleados después en la fabricación de escobas y cuerdas.) De importancia económica son además los bosques de castaños que se encuentran en la zona de la desembocadura del Demini y en el curso inferior del Aracá. El castaño, también llamado castaño de Pará (se trata de una especie distinta al europeo; su fruto es conocido en Alemania como nuez del Brasil o de Pará), es considerado, debido a su alta copa, la cual sobrepasa a los demás árboles, como el rey de las selvas vírgenes del Amazonas. Finalmente, es de importancia en el Aracá inferior, además, el árbol Itaúba, ya que suministra la mejor madera de labrar en aquellos parajes.

Ambos ríos tienen numerosas tortuosidades, y fluyen en los meses de verano, octubre-marzo, relativamente lentos e inertes. Su nivel de agua es en esta época extraordinariamente bajo, apareciendo, por tanto, numerosas Praias (playas) con arena blanca y reluciente al sol. La anchura media del Demini en el curso inferior y medio es de 200 a 300 metros, y la del Aracá de 300 a 400 metros. Quizá debido a esto sea por lo que en mapas antiguos es considerado erróneamente el Aracá

como río principal; sin embargo, el curso del Demini es bastante más largo. En los cursos medio y superior de los citados ríos aparecen numerosas Caehoeiras (saltos, cataratas), cuyo cruce y travesía van unidos a un serio riesgo de vida. Debido a la proximidad del Ecuador, el aire es en estas regiones muy cálido, húmedo y sofocante.

Debido a la gran escasez de población que aquí existe, se da en los bosques en gran cantidad la caza mayor y las aves de todas clases, debiéndose añadir a ello la riqueza de los ríos en tortugas y peces.

Respecto a los pobladores que habitan en los cursos inferior y medio, se trata de una mezcla de indios, blancos, mulatos y negros, que viven como recolectores de goma y fibra de palma, leñadores, plantadores, pescadores y cazadores. Mientras que los recolectores de goma en el Demini viven por familias con gran aislamiento unas de otras, a distancias de 10-20 kilómetros y más, se han agrupado los leñadores, taldadores y recolectores de fibra del Aracá, formando pequeñas colonias. La selva virgen a ambos lados de las riberas del río es una *terra incognita*, pues los leñadores, recolectores de goma y de fibra de palma penetran muy pocos kilómetros hacia el interior; también todas las Rocas (roza de un bosque) de los colonos se hallan colindando con las riberas.

En el río Demini, un poco más abajo de la Caehoeira Autsinaua, se encuentra el Puesto Avanzado Ajuricaba. Desde la desembocadura hasta allí hay seis días de viaje en una pequeña lancha con motor auxiliar exterior de 4 HP. En este largo recorrido se cuentan solamente dos docenas de familias. Hace cincuenta años estaban las riberas del tercio inferior del curso del río más fuertemente pobladas que hoy. Sin embargo, la malaria y una devastadora epidemia de beriberi acabó con la mayoría de los habitantes. A un día de viaje antes del Puesto de Protección de Indios se encuentra la cabaña de un recolector de goma, mientras que el Puesto mismo representa la estación más avanzada de la civilización. Más allá del mismo empieza el territorio de los indios. Numerosas tribus desconocidas hasta ahora para la ciencia llevan aquí una vida todavía como antes de la época del descubrimiento. Estas son muy guerreras, de tal forma que frecuentemente se llega entre ellas a disputas sangrientas. Sus poblados no los han establecido en las riberas del río, sino muy lejos de las mismas, en lo más intrincado del interior. En ocasiones visitan algunos indios el Puesto para recoger allí regalos, cuchillos, hachas, tarros, abalorios, etc. Con los Caboclos (recolectores, leñadores, colonos, etc.) no entran nunca en contacto.

El personal del Puesto consta de doce hombres, entre ellos muchos indios Tukano pura sangre y civilizados, que llevan aquí una vida llena de privaciones, difícil y peligrosa. Antes de entrar en el Serviço de Protecção aos Indios, tuvieron que comprometerse bajo juramento a comportarse siempre en el trato con los indios libres respondiendo al lema

del Mariscal Rondón. «Morror se preciso fôr, matar nunca!» (Morir si fuera preciso, ¡matar nunca!). Sus únicos enlaces con el mundo son una estación emisora y la lancha motora de la Inspetoria des Serviço de Protecção aos Indios en Manaus, la cual les lleva una o dos veces por año víveres, artículos de primera necesidad, así como regalos para los indios.

Fui cordialmente saludado y acogido por el jefe del Puesto y el resto del personal, así como por dos familias Pakidái que precisamente se hallaban de visita en el Puesto. Con estas dos familias, cuya raza no había sido investigada científicamente hasta ahora, emprendí inmediatamente mi trabajo, y las seguí al poco tiempo a su Maloka, «Turaquá», que se encuentra a dos días de viaje por arriba del Puesto, en un brazo derecho del Demini. Aquí comienza ya la Serra, el clima es más fresco y además hay menos mosquitos.

Después de tres meses de convivencia con los Pakidái se estropeó mi cámara fotográfica Ikoflex, viéndome obligado a regresar de nuevo, por poco tiempo, a Manaus. El viaje lo realicé hasta Barcelos en una canoa del Puesto, a la que apliqué mi motor auxiliar exterior Champion 4 HP. Como acompañante tuve al indio Tukano Mateus, un joven trabajador del Puesto, fiel y adicto siempre, quien me ayudó en todo momento y se comportó maravillosamente conmigo, especialmente cuando caí gravemente enfermo de malaria durante el viaje de cinco días. A mi llegada a Barcelos fui internado en la misión de las monjas salesas, en donde fui atendido y cuidado con todo cariño y de forma conmovedora por la Hermana Klara Jakob, religiosa alemana que lleva más de treinta años de vida de apostolado en Río Negro. Proseguí luego el viaje en vapor de ruedas hasta Manaus, en donde me cupo la inesperada suerte de encontrar a un especialista alemán de la Zeiss, el señor Kurt Polak, que trabajaba en el Instituto de Investigación del Estado del Amazonas y que pudo reparar mi aparato fotográfico. El atribuyó la avería a la influencia del cálido y húmedo clima.

Para poder reemprender rápidamente mi trabajo marché en un hidroavión de la «Panair do Brasil» a Barcelos, en donde, entre tanto, me había esperado mi acompañante Mateus. Después de hacer provisión de víveres remontamos el río Aracá, afluente de la derecha del Demini inferior. Tras siete días de viaje alcanzamos la Cachoeira dos Indos, antes de la cual, y a la orilla izquierda, se encuentra la Maloka de los Surára, una tribu igualmente desconocida hasta ahora para la ciencia, pero que estaba entonces vacía. Fuimos, sin embargo, afortunados, pues y al día siguiente mismo, a eso del anochecer, aparecieron de repente nueve hombres Surára, los cuales se encontraban por esos días de cacería y querían pernoctar en sus abandonadas moradas. Nos aclararon que los demás miembros de su tribu se encontraban todos por el momento



Mujer Surara con el tatuaje característico

en otra Maloka muy alejada y celebraban allí sus fiestas. Naturalmente, les pregunté en seguida si estarían dispuestos a acompañarnos hasta allí y si podría llevar también todo mi instrumental, pertrechos y regalos. Mi alegría fué indescriptible cuando sin titubeos accedieron en el acto.

A la mañana siguiente emprendimos con ellos una marcha a pie de tres días, que nos condujo, a través de la cálida y siempre aciaga selva virgen, siguiendo las impracticables picadas indias, a la región de montañas secundarias, hasta ahora *terra incognita*, entre los ríos Demini y Aracá. Tuvimos que ir salvando los numerosos obstáculos, como gigantescos árboles tumbados y grandes rocas de granito desplomadas, así como ríos y arroyos, que en parte tuvimos que cruzar sobre puentes consistentes en un solo tronco inestable; con frecuencia anduvimos también a través de los encenagados ríos, con agua hasta más arriba de las rodillas. Con todo eso, y a pesar de ir siempre cargados con mis sacos y baúles de 50 a 60 Kg. de peso, iban los indios a un paso tal, que me costaba trabajo seguirlos, si bien toda mi carga consistía en un aparato fotográfico. En ocasiones me daban a entender que pasábamos por la línea de demarcación de una tribu amiga o enemiga. A pesar de ello nuestra marcha transcurrió sin el menor incidente.

La gran Maloka de los Surára se encuentra en un valle entre tres cadenas de montañas, a 70 Km. al nordeste de la Cachoeira dos Indios y a unos 100 Km. al sur de las fuentes del Orinoco. Se trata de una construcción muy peculiar, hasta ahora nunca ocupada por indios de América del Sur. En un círculo, cuyo diámetro es de 52 metros, hay colocados unos tabiques transversales en forma de biombo, de 5 metros de altura, recubiertos con hojas de palma Ubim. Debajo viven las familias, unas al lado de otras. Cinco entradas conducen a la rotonda, completamente abierta. Solamente la cabaña del cacique, que ocupa una parte del círculo, tiene una forma de casa en toda regla; está cerrada por los lados y por detrás y solamente abierta al patio interior. También la techumbre y los tabiques de la misma están cubiertos con hojas de Ubim. Alrededor de la Maloka y hasta en algunas faldas de la montaña hay Rocas (rozas), en donde se cultivan bananas; palmas Pupunha, mandioca, Macaxeira o Aipim (mandioca dulce), Taióba, Cará (especie de patata dulce), tabaco; en menor cantidad, también algodón. Todos los trabajos en la Roca son realizados por hombres, mientras que las mujeres solamente ayudan en ocasiones.

Aquí encontré de nuevo también a los Pakidái de río Demini, pues los Surára y los Pakidái se reúnen anualmente entre diciembre y mayo (época de la banana y frutos Pupunha) en esta grande y abierta Maloka para celebrar sus fiestas religiosas, sobre todo la de la conmemoración de los muertos. En ésta se lleva a cabo por los hombres la siguiente ceremonia: Las cenizas de los restos de los allegados difuntos son mez-

cladas con Mingau das Banauas (sopa de bananas), cuyo brebaje es bebido acto seguido. Mediante ello el espíritu y fuerza de los muertos deben mantener la unión de la tribu. De las personas viejas solamente se quema después de la muerte la cabeza, mientras que el cuerpo es enterrado en posición acurrucada. Se tiene la creencia de que los cuerpos viejos no son capaces de transferir fuerzas a individuos más jóvenes de la tribu. El endocanibalismo es uno de los rasgos más característicos de esta cultura.

La base de la alimentación de estas tribus seminómadas son bananas y frutos Pupunha, alimentación que es completada con tortas de mandioca y especies dulces de la patata. Hay que añadir a esto la siempre abundante caza y las especies frutales salvajes recolectadas por las mujeres. La pesca es de importancia secundaria, pues solamente de vez en cuando se lleva a cabo desde la orilla, valiéndose de arco y flecha. La longitud del arco y la flecha pasa de los 2 metros.

Los Surára y Pakidái son de escasa talla; los hombres, de 1,50-1,60 metros; las mujeres, de 1,40-1,50 metros; pero bien proporcionados, y se distinguen por un color de piel relativamente claro. El habla y la cultura de ambas tribus son iguales.

La preparación de bebidas alcohólicas, y hasta el fumar, no se da entre ellos. Pero, sin embargo, los hombres, mujeres y niños tienen frecuentemente un rollo de tabaco, mezclado con agua y ceniza, entre el labio inferior y los incisivos inferiores, o entre el labio superior y los incisivos superiores, que succionan con la saliva. Sus agradables semblantes se vuelven con ello muy desfigurados. Antes de las curaciones y ceremonias de encantamiento los hombres se soplan mutuamente a la nariz unos polvos muy ricos en alcaloides, elaborados a base de la ceniza de una determinada corteza de árbol y de una pequeña planta. En estado líquido, sirve este polvo también para envenenar las flechas. Junto a éste emplean, además, otras dos clases de veneno para las flechas.

La indumentaria de los adultos y de los niños crecidos consiste en un cordón ceñido a las caderas, hecho de algodón o fibra vegetal. Los hombres y muchachos ligan con el mismo el pene hacia arriba. En las solemnidades llevan encima cinturones de cordel forrados y en parte pintados, los cuales están cubiertos por delante. Los cinturones de los hombres son cilíndricos, los de las mujeres planos; además existen diferenciaciones en la forma, según sean para hombres de edad o jóvenes, o bien para mujeres viejas o jóvenes. Para el supuesto fortalecimiento de las piernas y brazos se atan frecuentemente las mujeres y muchachas un cordón de algodón o fibra vegetal alrededor de los brazos y piernas, por debajo de las rodillas; a veces usan las mujeres una pulsera de cordón. Los hombres, por el contrario, llevan solamente brazaletes para el robustecimiento de los músculos. Como prenda femenina hay que citar, por

último, una especie de cinta pectoral, entrelazada en forma de cruz, que pasa por debajo de los pechos.

Típico para ambos sexos son los cabellos cortos, además de una tonsura, de la que también son provistos ya los niños más pequeños. Todas las mujeres y muchachas mayores llevan un punteado tatuaje que va por encima del labio superior y a ambos lados de la boca hacia abajo; este tatuaje se hace a las jóvenes durante la primera menstruación. Hombres y mujeres llevan horadados los lóbulos de las orejas; igualmente tienen ambos sexos una perforación en la parte central, debajo del labio inferior, y las mujeres, además, a ambos lados de la boca.

La cultura material de los Surára y Pakidái es muy pobre. La alfarería, el arte de tejer y los instrumentos musicales les son desconocidos; igualmente una plancha para la trituración de la mandioca; ellos la frotan sobre una piedra áspera. También la canoa les falta. Si tienen que atravesar un río, construyen un puente con ayuda de troncos de árbol.

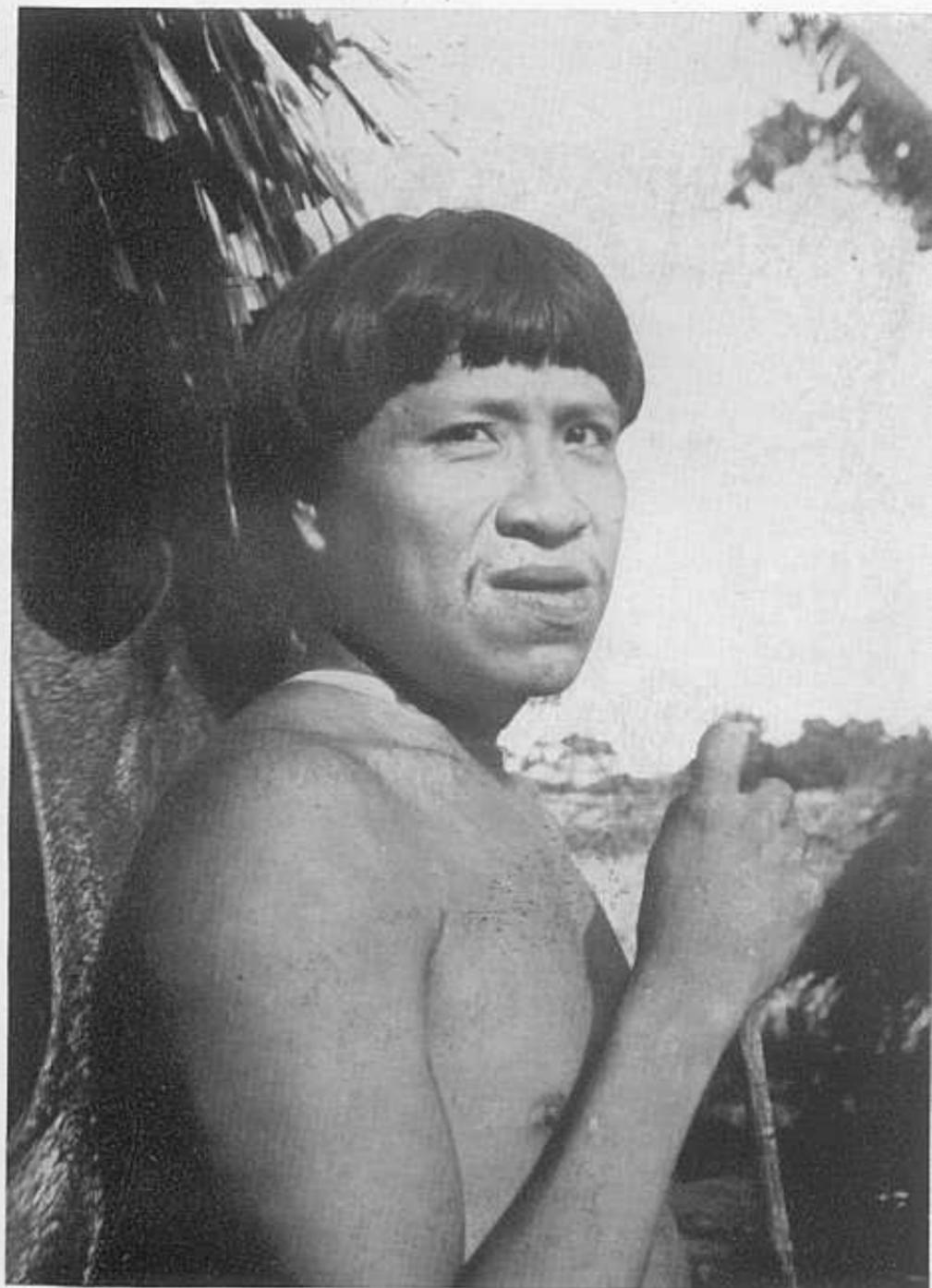
En contraposición a esto, está la cultura espiritual relativamente muy desarrollada. Como ser supremo veneran a la Luna. Ellos creen que en la misma se encuentra una gran Maloka en la que reside como cacique un hombre viejo con larga barba. Allí se reúnen las almas de todos los difuntos y llevan aquí una existencia paradisiaca. Los satélites de la Luna son las estrellas, las cuales están asimismo habitadas. Sin embargo, a la Luna nunca se le dirigen directamente puestas. Los intercesores son gigantesas piezas de todas las especies zoológicas que viven en distintas Serras altas. Por el contrario, consideran al Sol completamente insignificante, ya que está solo en el cielo. Como los Surára y Pakidái se representan a la Tierra como un disco, creen que el Sol lleva una vida errante y corre siempre alrededor del disco, mientras que la Luna, según su modo de ver, permanece siempre en su sitio. Estas tribus adoran además a una fuerza impersonal: Porê.

El cacique es al mismo tiempo sacerdote, médico y hechicero. Sin embargo, todos los hombres mayores de veinte años deben dominar igualmente el oficio de curandero. Por ello, cada año, y durante un período de dos meses, son instruidos dos hombres por el cacique en todas las cuestiones referentes a las curaciones, encantamientos, pero también en las tradiciones de la tribu, en la mitología, etc. Sobre esto hay que mencionar que para cada enfermedad existen determinadas melodías, textos y danzas. Lo mismo vale para las plegarias que dirigen a los espíritus de los animales cada uno de los hombres antes y después de un viaje, después de la caza de una gran pieza, antes del establecimiento de una nueva Roca, después de la cosecha. Si un joven no aprende lo suficiente durante el primer curso, debe repetirlo por segunda o tercera vez. Durante el período de formación no les está permitido a los candidatos hablar con los demás miembros de la tribu, y solamente deben tomar al

día una banana y medio litro de agua. En compensación de esto se soplan a la nariz mutuamente grandes cantidades de polvos que absorben con verdadera fruición. Sus cuerpos están completamente pintados con Urucú.

En lo referente a vida social, hay que decir que reina el caciquismo institucional. La sucesión está regulada de la siguiente forma: Si muere el cacique, le reemplaza automáticamente el hermano menor inmediato. Sólo cuando ha muerto el más joven de los hermanos puede el hijo primogénito del hermano mayor, que por lo general es entonces ya un hombre maduro, desempeñar la dignidad de cacique. Además existe el jefe guerrero. Este puesto no es hereditario, sino que es escogido para el mismo el guerrero más valiente. En tiempos de paz no tiene atribuciones ni privilegios de ninguna clase, y vive como un vulgar miembro de la tribu. Solamente en caso de guerra asume el mando, mientras que el verdadero cacique, como jefe religioso, médico y maestro, es protegido y no toma parte en la lucha; lo mismo ocurre con sus hermanos.

No existen ceremonias de boda ni tampoco las hay con motivo de los nacimientos. Las niñas pequeñas, aproximadamente a la edad de un año, son desfloradas por la madre con el dedo. Durante la primera y segunda menstruación tiene que permanecer la joven durante todo el día en una pequeña y apartada cabaña. Todo su cuerpo está pintado con Urucú, y su único alimento consiste en sopa de bananas. Por las noches es llevada a la Maloka, pero nadie debe hablar con ella. Después de la segunda menstruación tiene lugar una pequeña fiesta. A partir de este momento es considerada la regla mensual como algo natural y las mujeres no hacen nada por ocultarla. Evitan, sin embargo, trajinar demasiado en estos días, y si la hemorragia es demasiado grande, se sientan en la orilla de un río o arroyo. A la edad de siete u ocho años las niñas son prometidas ya a un adolescente. Este debe procurar a la pequeña y a sus padres buenas piezas de caza; relaciones sexuales con ella solamente le están permitidas a partir de la segunda menstruación. Entre el yerno y la suegra reina una verdadera insociabilidad, es decir, no les está permitido visitarse y ni siquiera hablar entre ellos. El cacique y algunos otros hombres tienen dos o más mujeres. Si muere el marido, sus mujeres, sin poder decidir por sí mismas, son tomadas por uno de los hermanos del difunto, aun en el caso de que ya sea casado. Los hermanos menores solteros tienen derecho al coito con sus cuñadas. Los hijos de éstas no les llaman «tío», sino igualmente «padre». Se considera favorable el que las mujeres embarazadas tengan trato sexual con otros hombres, ya que así, según creen ellos, será mucho más fuerte el niño. La mujer está obligada, sin embargo, a llevar a cabo estas relaciones con el mayor sigilo, pues si el marido se entera tiene que desafiar al concubino de su esposa a duelo a estacazos. Durante el duelo se gol-



Hombre Surára. Hermano que sigue en edad al cacique, y, por lo tanto, su futuro sucesor

pean con estacas de una longitud de 1,50-1,80 metros, mutuamente, en la tonsura, ya que se considera ésta la parte más segura del cuerpo. Por motivos de celos son las mujeres frecuentemente maltratadas por sus maridos. Los hombres las golpean igualmente con una estaca en la tonsura, o les producen graves heridas con un cuchillo que elaboran del afilado y puntiagudo diente del Cutía (animal roedor). Muchas mujeres tienen, por lo tanto, numerosas cicatrices por todo el cuerpo. Pero ellas me enseñaban éstas siempre con un cierto orgullo, como prueba de que son hermosas y codiciables o lo fueron. El número de hijos es reducido; oscila entre uno hasta tres hijos. Entre los nacimientos debe guardarse un intervalo de por lo menos tres años. Durante este tiempo sigue el niño alimentándose con leche materna. Según opinión de los Surára y Pakidái, queda así al mismo tiempo garantizada la anticoncepción. Sobre este interesante asunto hablé con muchos médicos, algunos de los cuales daban a ello una respuesta afirmativa, otros negativa. Pero como quiera que los citados indios saben preparar abortivos de determinados jugos de plantas, contribuirán éstos a ello en caso necesario. Los mellizos son criados, pero si se tratará de trillizos, cosa que, según me explicaron, no sucedió hasta ahora, tendría que ser matado un niño, ya que la madre solamente tiene dos pechos.

Una joven huérfana de quince a dieciséis años, perteneciente a la tribu enemiga Karauaterí, vive con los Surára como prisionera y prostituta; ésta es, sin embargo, bien tratada y suficientemente alimentada.

En la Maloka de los Surára conté yo 89 Pakidái, 42 Surára, dos familias de los Xiriána, dos hombres de los Aramanesterí y la joven ya citada, de la tribu de los Karauaterí.

Al finalizar la gran fiesta de conmemoración de los muertos, a finales de abril, las cuales he vivido y registrado en todas sus fases, regresé con los Surára y su acompañante, el Tukano Mateus, a la Cachoeira dos Índios en el río Aracá, mientras que los Pakidái marcharon a su Maloka, Taraquá, situada junto a un afluente de la derecha del río Demini superior. También las familias de las tribus amigas que se encontraban aquí de visita emprendieron el camino hacia sus respectivas moradas.

Como esta vez estaba en camino toda la tribu, duró la marcha diez días. Como protección contra ataques de tribus enemigas había una seguridad de columna organizada en toda regla, vanguardia y retaguardia, que se componía cada una de cinco o seis guerreros. La carga fué llevada principalmente por mujeres. En los lugares de descanso instalaban los hombres en poco tiempo cabañas triangulares de la longitud de un coy y con techumbre en declive de una sola vertiente. Como cobertura servían hojas de palma, que proporcionaban segura protección contra las lluvias. Formando triángulo alrededor del fuego, que ardía en el centro, se col-

garon las hamacas, en parte unas al lado de otras cuando se trataba de una numerosa familia. (El fuego lo producen rápidamente mediante frotamiento con una yesca preparada de una madera blanca del árbol del cacao salvaje.) De gran interés fué el observar que la cabaña del cacique se encuentra siempre en el centro, mientras que las de las otras familias se van agrupando en forma circular alrededor de ella y le sirven así de protección.

Junto a la Cachocira dos Indios, donde los Surará pasan los meses de invierno (época de las lluvias) y han establecido una gran Roca, continué de nuevo con mis estudios. Entre otras cosas, pude aquí estudiar detenidamente y fotografiar en todos sus estadios la construcción de una gran Maloka cerrada de 10 metros de altura.

Mediante la larga y estrecha convivencia con los Surára nos granjamos, mi sirviente Mateus y yo, su completa confianza. Fuimos hasta admitidos con toda solemnidad y ceremoniosamente en la tribu después de haber bebido nosotros también, mezcladas con sopa de bananas, las cenizas de los huesos de los deudos del difunto; nos explicaron que a partir de ese momento éramos ya hombres Surára. Así, de esta forma, me fué posible adentrarme a fondo en los tan encubiertos y reservados problemas de su cultura espiritual.

De tarde en tarde entran los Surára en pacífico contacto con los recolectores de fibra de palma para cambiarse con ellos cuebillos, hachas, cacharros, etc. Ellos hacen esto por orden de los Xiriána, una grande y poderosa tribu, a la cual ellos, junto con otras muchas tribus menores, son tributarios. Dos veces al año llegan a la Maloka de los Surára de 20 a 30 guerreros Xiriána bajo el mando de su jefe, con el objeto de recoger aquí utensilios de uso, así como bananas y frutos Pupunha. Ellos no se detienen aquí más de un día, y vuelven después muy cargados a su colonia. En ocasiones reciben las tribus más pequeñas, como compensación, sencillas y negras vasijas de barro (a los Xiriána les es conocida la alfarería), hamacas para colgar, cinturones, arcos y flechas. Según manifestaciones de los Surára, los más enconados enemigos de los Xiriána y de sus aliados son los Waiká, los cuales, por su parte, también dominan a tribus más pequeñas, a las que exigen tributo. Durante el tiempo de mi estancia entre los Surára, según se dijo, fué asaltada por los Xiriána una Maloka de los Waiká situada junto al río Mapulau, afluente de la izquierda del Demini superior. Se dice que en este asalto fueron matados todos los hombres Waiká, y las mujeres y jóvenes llevadas como prisioneras a la Maloka de los Xiriána. La cabeza del cacique Waiká, según se me siguió contando, la adornaron con plumas los Xiriána y la expusieron como trofeo durante varios días delante de su Maloka.

Algunos Surára han aprendido ya algo de portugués, debido al con-

tacto con algunos recolectores de fibra de palma. Buenos servicios como intérprete me los prestó, sin embargo, un pequeño muchacho Surára, de unos nueve años, que pasó mucho tiempo en la cabaña de un recolector de fibra y hablaba muy bien portugués; con su ayuda me fué posible reunir un vocabulario completo del habla Surára. Éste muchacho había sufrido grandes quemaduras en el abdomen al caerle una vasija con resina hirviendo. Como el cacique había perdido ya las esperanzas de que sanara, lo quería hacer matar. La costumbre de esta tribu, así como también la de los Pakidái, exige que tienen que ser matadas todas las personas viejas y enfermas de gravedad, es decir, todas aquellas que ya no pueden tomar parte en las marchas por el bosque. La abuela del pequeño muchacho, que era huérfano, lo llevó subrepticamente a la cabaña de un recolector de fibra, quien consiguió salvarle la vida. El cacique estuvo al principio muy irritado por la arbitraria acción de la abuela, pero, según dicen, se tranquilizó de nuevo al ver que el pequeño tenía cura (1).

Además de mi trabajo con los Surára y Pakidái, de los cuales me traje dos compilaciones completas y varios duplicados, llevé a cabo con mi acompañante excavaciones arqueológicas en distintas *terras firme*, hoy deshabitadas, junto a los lagos ribereños del río Demini. En éstas encontramos nosotros numerosos restos y fragmentos de color pardo amarillento, adornados con meandros y otros tipos de fisuras. Incluso parece tratarse de trabajo Aruak. Yo supongo que estos restos son muy antiguos. Con estudios folklóricos y sociológicos entre los pobladores Caboclos del Demini y Aracá concluí mi primer viaje de investigación.

La colección fotográfica consta de 600 fotos en blanco y negro y 400 en color. El magnetófono, que me fué enviado desde Alemania, tuve que dejarlo, por desgracia, en São Paulo, debido a una avería que no pudo ser reparada tan de prisa.

Como gran parte del recorrido de mi viaje está completamente contaminado de fiebres, caí enfermo dos veces de malaria, y debido a la

(1) Quiero hacer resaltar aquí que el amable y altruista Piaçabeiro, en cuya cabaña fué atendido y curado Mandú, era un español, Manuel Antonio Gómez, de la provincia de León, quien lleva ya veinte años trabajando en las selvas de Amazonia y siempre fué considerado como el mejor y más laborioso Piaçabeiro. Desde hace algunos años posee una pequeña plantación en el río Aracá, que cultiva juntamente con su amigo, José Antonio Ramires, hijo de portugués y de madre india-Tukano. Manuel Antonio Gómez es considerado hoy como una persona de respeto en todo el río Aracá, y a él acuden todos Piaçabeiros con sus penas y preocupaciones. Posee conocimientos médicos, siendo el único comadrón en este apartado territorio y además mantiene culto en una pequeña capilla que él mismo ha levantado junto a su cabaña. Lo mismo que al joven Surára Mandú, también a mí me salvó la vida cuando, a mi regreso de los Surára, fui acogido en su cabaña gravemente enfermo. Manuel Antonio Gómez personificó también aquí en la selva la proverbial hospitalidad española y fué para mí un amigo de verdad, al que nunca olvidaré.

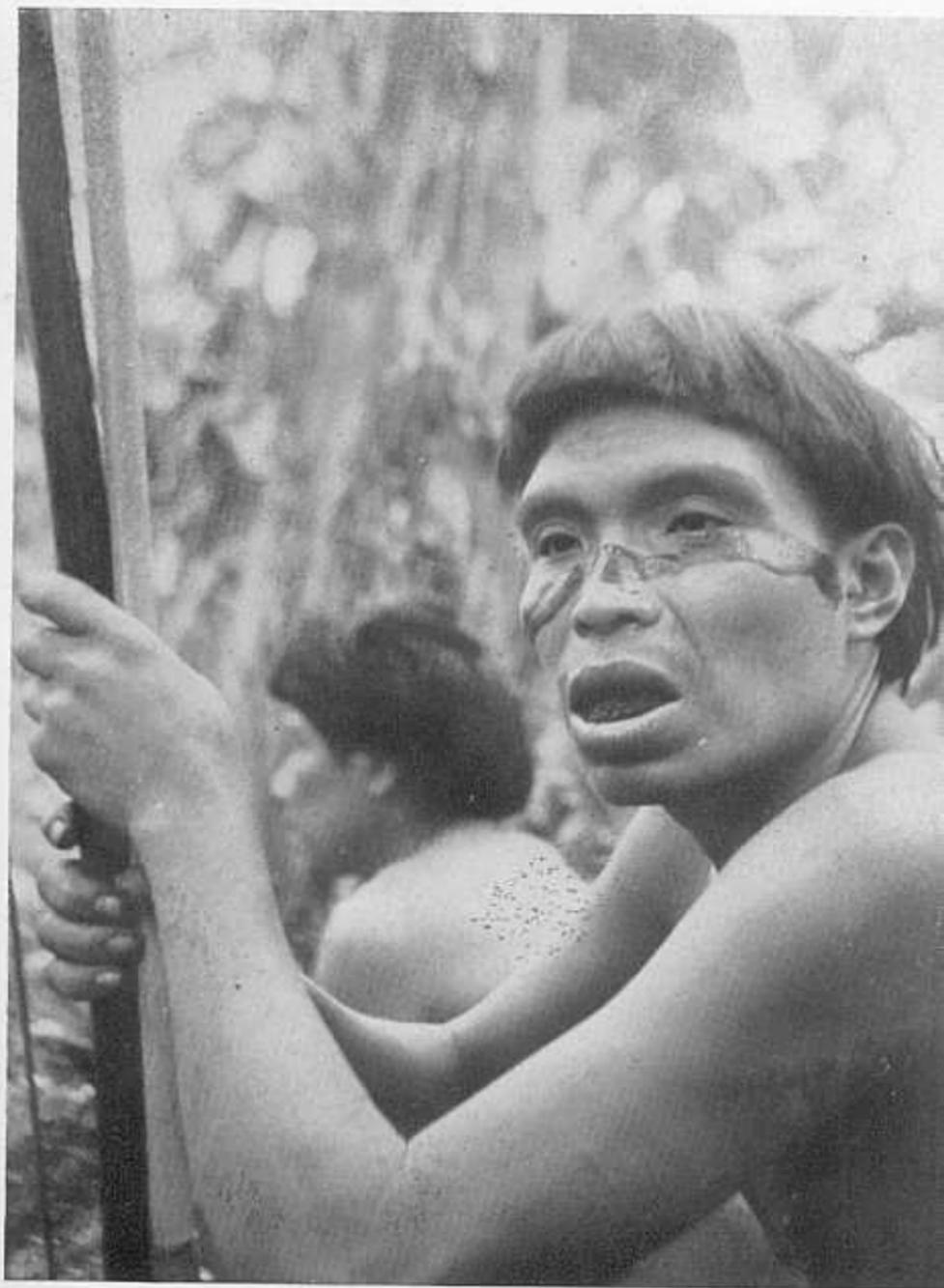
desacostumbrada alimentación y a la escasa higiene, padecí con frecuencia de diarrea y estreñimiento; a esto se sumaron las peligrosas inflamaciones de los ojos, motivadas por el polvillo lleno de insectos que cae en forma de llovizna desde las techumbres de palma y que penetra en los ojos durante el sueño. También los indios y Caboclos padecen mucho esta enfermedad. A mi regreso del viaje de nueve meses sufrí una grave infección hepática complicada con malaria, por lo que tuve que permanecer dos meses internado en el Hospital de Isolamento «Emílio Ribas», en São Paulo. Completamente gratis, fui tratado y cuidado con toda solicitud y cariño. Nunca olvidaré, por tanto, a todos los médicos y enfermeras de este Hospital, a quienes debo eterno reconocimiento.

Quiero expresar, finalmente, mi sincero agradecimiento al señor Dr. Koch y al Sr. Müller, de la Sueursal Bayer en Rio de Janeiro, por los medicamentos que me proporcionaron gratuitamente. Gracias a ellos me fué posible ayudar a muchos indios y Caboclos enfermos y zanjar mis propias dolencias.

El Tukano Mateus, el cual me acompañó en todo momento, así como todos los Surára y Pakidái, hombres, mujeres y niños, se convirtieron para mí en sinceros amigos. Incansablemente me ayudaron en mi trabajo, de tal forma que a ellos corresponde en primer lugar el mérito del feliz desarrollo de la empresa.

Los resultados del viaje los estoy escribiendo ahora en la forma de una monografía sobre los Surára y Pakidái.

Es mi deseo visitar nuevamente las citadas tribus tan pronto como me sea posible. Ante todo, quiero hacer la grabación de su habla y cantos con el magnetófono. Una vez hecho esto, tengo la intención de llevar a cabo, con la protección de los Surára y Pakidái, otras amplias exploraciones en las Maokas de los Xiriána, Puscheweter, Aramames-torí, Paraverí y otras tribus vírgenes.



Hombre Pakidá, con pintura Uruéú. Entre el labio inferior y los dientes tiene el rollo de tabaco mezclado con ceniza y agua